**LOS FIELES DIFUNTOS**

El próximo día dos de noviembre acudiremos, como todos los años, al cementerio para recordar a nuestros hermanos difuntos. Los cementerios son camposantos para los cristianos porque en ellos reposan los restos mortales de aquellos que en su día fueron templo del Espíritu Santo. La Iglesia ha venerado siempre los cadáveres de los difuntos como un signo de la esperanza en la resurrección y recomienda el enterramiento del cadáver aunque no se opone a cremación. La sepultura de los difuntos en un lugar concreto nos ayuda a los vivos a vivir la comunión de los santos, a rezar y ofrecer sufragios por ellos. Las cenizas del cadáver de nuestros difuntos siguen siendo signos de su existencia y por eso han de ser tratadas con respeto y veneración. La Iglesia considera que “La conservación de las cenizas en un lugar sagrado puede ayudar a reducir el riesgo de sustraer a los difuntos de la oración y el recuerdo de los familiares y de la comunidad cristiana. Así, además, se evita la posibilidad de olvido, falta de respeto y malos tratos, que pueden sobrevenir sobre todo una vez pasada la primera generación, así como prácticas inconvenientes o supersticiosas”. Por estas razones no está permitido a los cristianos la conservación de las cenizas en el hogar o dividirlas esparciéndolas en el aire con mentalidad panteísta o reencarnacionista, contraria a la fe cristiana.

Ante el hecho de la muerte y de los muertos no podemos ser ingenuos y dejarnos llevar por las modas. La sociedad actual está diluyendo el enigma de la muerte considerando este hecho trascendente con el que se pone fin a la vida terrenal como un motivo de juego y de diversión o de miedo y terror. Las fiestas de Halloween que se organizan con motivo de estas fechas en las que impera una mezcla de lo lúdico con el terror, el miedo y lo macabro no se inspiran en una visión cristiana de la muerte sino en una mentalidad pagana y supersticiosa. En poco tiempo se han ido introduciendo en nuestra cultura. Como cristianos no podemos participar en eventos que mancillan y ofenden el misterio de la muerte y de nuestros muertos.

Los cristianos, para hacer frente a esta moda, tenemos que rescatar nuestra visión esperanzada de la muerte que tiene su fundamento en la muerte y resurrección de Cristo y en su promesa. Creemos y esperamos en la resurrección de la carne, por tanto, la muerte, para nosotros, es un paso hacia la verdadera vida, la vida eterna. Nuestro cuerpo será transformado según nos enseña san Pablo: “Se siembra un cuerpo corruptible resucita incorruptible; se siembra un cuerpo sin gloria, resucita un cuerpo glorioso, se siembra un cuerpo débil, resucita llena de fortaleza; se siembra un cuerpo animal, resucita espiritual” Y sigue diciendo el apóstol de los gentiles a los Corintios: “Cuando esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: la muerte ha sido asumida en la victoria”. (1 Cor 15,42-45; 54-55).

Estas palabras de la Sagrada Escritura sobre la muerte son la mejor noticia que pude recibir una persona. Todos hemos experimentado el deseo de que algunos momentos de nuestra vida, los más felices, se prolongaran eternamente. La promesa de la resurrección en Cristo es mucho más que prolongar eternamente los momentos culmen de felicidad.

La Fiesta de Todos los Santos y la Conmemoración de los Fieles difuntos nos invitan a revivir la esperanza y a sentirnos Iglesia que peregrina junto a aquellos hermanos que viven en el Señor y con los cuales podemos relacionarnos en virtud de la comunión de los santos. Por tanto, el mismo amor y respeto y la misma confianza que les hemos mostrado aquí en la tierra debe continuar después de muertos, pues estamos convencidos que viven porque como dice nuestro poeta Gerardo Diego: “Mueren los ojos, pero ¿cómo puede morir la luz de la mirada?.

† Juan Antonio, obispo de Astorga